DARÍO HACE CIEN AÑOS

Carlos Tünnermann Bernheim

SI BIEN 1912 fue para Rubén Darío un año apoteósico por los múltiples homenajes y reconocimientos que recibió durante su periplo por Barcelona, Portugal, Brasil, Uruguay y Argentina para promocionar las revistas *Mundial* y *Elegancias*, también fue un año de sensible deterioro en su ya resentida salud.

El siguiente, 1913, lo pasó casi todo en París y fue para Darío un año difícil, no solo por sus continuos quebrantos de salud sino también por las cada vez más frecuentes contradicciones con los hermanos Alfredo y Armando Guido, dueños de las revistas de las que Darío era director literario.

Sin embargo, el estro poético de Darío lejos de secarse, y pese a los excesos que minaban su salud, mantenía su potencia. Tan es así que durante ese año Darío escribió varios notables poemas que demuestran que su canto no había perdido altura. Baste mencionar “La canción de los osos”, “La Cartuja” y el tan popular “Los motivos del lobo”, poemas que en 2013 cumplen cien años de haber sido escritos.

Los hermanos Guido no quedaron satisfechos con los resultados del viaje para promocionar las revistas. Las suscripciones no se incrementaron como ellos esperaban, lo que los llevó a reducir erogaciones y demorar el pago de los honorarios de los colaboradores, causando serios

problemas a Darío en su condición de director literario. Hasta el sueldo de Darío resultó afectado, todo lo cual enfurecía a Rubén al sentirse reducido a la condición de figura decorativa.

“La Canción de los osos” se publica en el n.º 24 (abril de 1913) de la revista *Mundial*. En este poema, afirma Jaime Torres Bodet “reaparece el artista de *Prosas profanas* y, por momentos, el poeta de *Cantos de vida y esperanza*. El metro elegido es de dieciséis sílabas, con pausas de ocho y en ocasiones de cuatro”... “Exhibirse es función de osos –ay, y también de artistas”... “Y el poeta descubre, en los animales que canta, una triste fraternidad con su desventura”. Y es que los hermanos Guido no dejaban en paz a Darío, llevándolo de banquete en banquete para promocionar las revistas, al extremo de organizar banquetes por suscripción, donde cualquier bisoño escritor latinoamericano recién llegado a París podía codearse con el príncipe de la poesía en español. “Los mejores restaurantes de París vieron desfilar la sombra del poeta rodeada de admiradores y explotadores, en marcha triunfal hacia la muerte”, dice su biógrafo Arturo Torres Rioseco.

Fastidiado de tanto ajetreo, debilitados su organismo y su ánimo, Rubén acepta en el mes de octubre la invitación de su amigo Juan Sureda para pasar una temporada de descanso en Valldemosa, Mallorca. “Libre de las garras de hechizo de París, escribe el propio Darío, emprendí camino hacia la isla dorada y cordial de Mallorca”, donde el poeta esperaba que la gracia virgiliana del ámbito mallorquín le devolvieran “paz y santidad”.

Rubén ansía encontrar en esta nueva visita a Mallorca la serenidad de espíritu y el vigor de su cuerpo que la isla dorada le había proporcionado en 1907. El anfitrión de Rubén en Mallorca habita en el castillo de Valldemosa,

construido por el rey Sancho en el siglo XIV, y que luego fue monasterio de los frailes cartujos.

El ambiente es propicio para la reflexión y el recogimiento. Rubén inicia la redacción de su novela *El oro de Mallorca*, donde el protagonista, Benjamín Itaspes, es el propio Rubén quien en actitud confesional desnuda su alma, a tal punto que se trata más bien, como dice Torres Bodet, de una “autobiografía de su conciencia”. Desafortunadamente, la novela quedó inconclusa.

Rubén abriga sinceros propósitos de enmienda y pasa días sin consumir alcohol. El catolicismo de su anfitrión Sureda lo mueve a leer *La imitación de Cristo*; va con frecuencia a misa; se confiesa y hasta viste el hábito de los monjes de San Bruno, que Sureda se ha confeccionado para que le sirva de mortaja. Una fotografía de Rubén, vistiendo el hábito, servirá más tarde de inspiración para el célebre retrato al óleo de Rubén como monje cartujo, de Daniel Vásquez Díaz. Sin embargo, todo era que lo visitara algún amigo para que Rubén volviera a las andadas.

Visita el monasterio de la Cartuja y un “aliento místico lo posee”. Es entonces que escribe uno de sus últimos grandes poemas: “La Cartuja”. Admira a los “callados hijos de San Bruno” que

*mortificaron con las disciplinas
y los cilicios la carne mortal...*

.....
*¡Ah! fuera yo de esos que Dios quería,
y que Dios quiere cuando así le place...*

.....
*Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
que al Ángel hace estremecer las alas*

*por la oración y por la penitencia,
poner en fuga a las diablasas malas...*

Según Edelberto Torres, el gran crítico español Marcelino Menéndez y Pelayo consideró este poema como una verdadera joya poética de la poesía religiosa, aunque no mística.

A Valldemosa dedica también un bello poema:

*Vago con los corderos y con las cabras trepo
como un pastor por estos montes de Valldemosa
y entre olivares pingües y entre pinos de Alepo
diviso el mar azul que el sol baña de rosa.*

En diciembre de 1913, la revista *Mundial* publica “Los motivos del lobo”, probablemente escrito en París ese mismo año, antes de su viaje a Mallorca. Es una prueba de que su númen poético mantenía vivo. Será uno de sus poemas más difundidos y declamados. Este hermoso poema, cuyo trasfondo filosófico es la lucha entre el bien y el mal, junto con “La Cartuja”, “La Canción de los osos”, “Valldemosa”, “Pequeño poema de carnaval”, “La Rosa niña” y “Gesta del coso” fueron incorporados más tarde a la primera edición de *Canto a la Argentina y otros poemas*, que apareció en mayo de 1914.

Los últimos días de Rubén en Palma de Mallorca estuvieron marcados por constantes reincidencias alcohólicas, pese a los solícitos cuidados de Juan Sureda y su esposa Pilar Montaner. Los propósitos de enmienda de “La Cartuja” quedaron en eso: meros propósitos. El 26 de diciembre de 1913, Sureda lo rescata de una de sus peores crisis y lo embarca con rumbo a Barcelona, de donde regresará a París para continuar su vida de dificultades y anhelos no cumplidos.

Días después de la partida de Rubén, Sureda escribe a Julio Piquet, amigo leal de Darío en París, una carta en la que describe la tragedia del gran poeta: “¡Gran dolor, inmensa pena me causa Rubén! Tantos talentos, tanta excelsa alma enfangados. He podido convencerme hasta la evidencia que cuando mejor juzga, cuando mejor escribe, es cuando se halla lejos del alcohol”.

(Managua, enero de 2013).